El monje de los caminos doblados

Obra original de Shyvirelle

Sira llegó al monasterio con las botas abiertas por la punta y una orden de entrega que ya había perdido toda utilidad. La tormenta había cerrado el paso alto. Al otro lado, en la aldea de Bruma, esperaban un pequeño frasco de remedio de ceniza blanca, preparado para una fiebre que solo se conocía en aquellas montañas. La mensajera llevaba el frasco bajo la ropa, envuelto en lana, y todavía le quedaban dos días de camino.

El monje cartógrafo extendió un mapa sobre una mesa de piedra. No estaba dibujado sobre pergamino, sino en un papel gris que crujía suavemente cuando nadie lo tocaba. Los cruces de senderos aparecían marcados con puntos de cobre.

—Puedo darte un camino más corto —dijo el monje—, pero no uno gratuito.

Doblando la hoja, hizo coincidir dos cruces señalados con cobre. La tinta que unía aquellos puntos brilló como una fibra tensa. En la ventana, una cuesta distante pareció acercarse: dos lomas separadas por una jornada quedaron unidas por un tramo de tierra recién aparecido.

—No has creado un camino —dijo Sira.

—He puesto juntos dos lugares que antes estaban lejos. Fíjate en lo que queda dentro del doblez.

En el interior se había ocultado una línea secundaria, el sendero que llevaba a un molino abandonado.

—Ese sendero ya no existe —explicó el monje—. No vuelve al abrir el mapa. Solo se pueden juntar cruces dibujados, nunca un campo vacío o una aldea inventada, y el tramo atrapado por el pliegue desaparece del terreno.

Sira abrió la hoja. Los dos puntos se separaron, pero el camino del molino había quedado borrado. Miró por la ventana. Donde antes arrancaba una senda entre los pinos, ahora solo había roca cubierta de musgo.

—¿Quién te dio permiso para borrar eso?

El monje dejó el mapa sobre la mesa.

—Nadie. El molino lleva años vacío. Pensé que sería un coste pequeño para enseñártelo.

Sira no respondió. Alguien había usado aquella senda alguna vez, aunque fuera para visitar una pared derruida. El monje parecía haberse acostumbrado a decidir qué caminos merecían permanecer.

En el patio resonaron cascos. Una patrulla de las torres del norte entraba por el portón. Buscaba el mapa, que el monasterio tenía prohibido prestar desde que un pliegue antiguo había hecho desaparecer un puente y había dejado aislada una granja.

—Si te quedas, requisarán la hoja —dijo el monje—. Y el frasco no llegará antes de que caiga la nieve.

Sira tomó el mapa. El monje recogió su bastón.

—Voy contigo —añadió—. Ya he borrado un camino. Debo saber qué pasa con los siguientes.

La ruta de los puntos de cobre

Salieron por una puerta de servicio y bajaron hasta el primer cruce. Detrás, la patrulla encontró sus huellas y comenzó a seguirlas. Sira observó el mapa mientras caminaban: había tres cruces señalados entre el monasterio y Bruma. Si juntaba el primero con el tercero, la mayor parte de la subida desaparecería. El frasco llegaría antes del anochecer.

Pero el pliegue atrapaba dos líneas. Una era un rodeo que bordeaba una cantera; la otra, una senda muy fina que salía de la montaña hacia una mancha sin nombre. El monje aseguró que en sus archivos aquel trazo terminaba en una antigua terraza de pastoreo.

—No figura ninguna casa —dijo.

—Eso no significa que no exista.

Llegaron a la cantera cuando las primeras voces de la patrulla se oyeron en la curva inferior. Sira sostuvo el mapa abierto, con las manos tan frías que apenas podía doblar los dedos. Acercó los dos puntos, solo un poco. Las piedras de la ladera temblaron. El sendero de la cantera comenzó a difuminarse ante sus ojos, como una marca de tiza bajo la lluvia.

Un silbido los obligó a mirar hacia arriba. Desde un murete, una mujer les hacía señas. Venía acompañada por dos hombres cargados con sacos de harina.

—¡No dobléis el papel! —gritó—. ¡Ese camino es nuestro!

La mujer bajó a su encuentro. Se llamaba Leda y vivía en Fresno Bajo, un grupo de casas escondido tras la mancha sin nombre del mapa. La senda fina era la única entrada practicable: el río cortaba el valle por el otro lado y las laderas restantes terminaban en paredes de piedra.

El monje buscó la aldea en su libreta de encargos. No aparecía. Los mapas se habían realizado por petición de las torres, que solo querían las rutas entre puestos de vigilancia y almacenes. Los pueblos pequeños habían quedado reducidos a líneas sin destino.

—Dijeron que allí ya no vivía nadie —murmuró.

—Pues aquí estamos —respondió Leda—. Tenemos harina para llevar a casa y un invierno entero por delante. ¿Vais a ahorrar una tarde quitándonos el camino?

Sira abrió completamente la hoja. Las piedras dejaron de vibrar. El sendero de la cantera recuperó su forma porque el pliegue aún no había quedado marcado. El monje respiró con una fuerza exagerada, como si hubiera salido del agua.

—Podemos acercar otros cruces —propuso—. Quizá haya un doblez que no borre nada importante.

Sira volvió a estudiar los puntos. Todos los pliegues que ahorraban tiempo ocultaban alguna línea. Había caminos que parecían pequeños porque el cartógrafo jamás había preguntado adónde iban. La hoja no contenía las respuestas.

La patrulla apareció al fondo de la cantera. Su jefa, con una capa oscura, levantó la voz:

—¡Entregad el mapa! ¡Nadie está autorizado a alterar los pasos!

—¿Y la medicina? —preguntó Sira—. ¿La llevaréis vosotros?

—La llevaremos por la ruta que existe.

El monje se adelantó.

—No llegarán a tiempo si se detienen a llevarnos presos —dijo.

La jefa no ocultó su cansancio. Miró a la gente de Fresno Bajo y al sendero que casi se había deshecho.

—La última vez que alguien usó esa hoja, tres familias tuvieron que mudarse. No volverá a suceder.

Sira comprendió que no podía prometer lo mismo mientras conservara un mapa capaz de tentar a cualquiera con un atajo. El frasco seguía bajo su chaqueta. El papel, entre sus manos, parecía más ligero que el agua.

Lo rasgó a lo largo de la línea que atravesaba la cantera.

El sonido fue pequeño. Sin embargo, el monje se llevó las manos al pecho como si acabara de perder un libro entero. Sira rompió la mitad restante y dejó los trozos sobre una piedra. Los puntos de cobre se apagaron. No apareció ningún camino nuevo y tampoco regresó el sendero del molino.

—Ahora no habrá más pliegues —dijo.

La jefa recogió los pedazos, sin acercarse a ellos como si pudieran quemarla.

—Eso no arregla lo que ya se borró.

—No —admitió Sira—. Tendremos que vivir con ello.

El camino que no estaba en el encargo

Leda les ofreció una ruta que no figuraba en la hoja: una subida por terrazas antiguas, un puente de tablas sobre un arroyo estrecho y una noche de refugio en Fresno Bajo. Desde allí podían cruzar la cresta hacia Bruma. Era más lenta que el pliegue, pero no le quitaba a nadie la entrada a su casa.

La jefa de la patrulla miró el cielo. La tormenta bajaba desde la cordillera y el camino de retorno también empezaba a cubrirse de nieve.

—El mapa queda requisado, aunque sea en trozos —dijo—. Vosotros seguid. Si la ruta se cierra, regresad a Fresno Bajo. No haré detener a una mensajera por llevar ese frasco a su destino.

No prometió ayuda. Tampoco volvió a perseguirlos.

La subida fue peor de lo que Sira había imaginado. El monje resbaló dos veces; uno de los hombres de Fresno Bajo cargó su bastón para que pudiera usar ambas manos. Al caer la tarde alcanzaron las casas, donde les dieron pan, agua caliente y un lugar junto al fuego. Nadie les preguntó por qué habían tardado tanto en recordar el nombre del pueblo.

A la mañana siguiente salieron antes de que amaneciera. Caminaron junto a Leda hasta la cresta, siguiendo señales de piedra que los vecinos renovaban cada primavera. El monje miraba cada marca con la atención que antes reservaba a sus puntos de cobre. Preguntó quién la colocaba, desde cuándo y para qué se usaba cada tramo. Escuchó respuestas que nunca habrían cabido en su antigua libreta.

Llegaron a Bruma cuando las últimas luces se encendían detrás de las ventanas. Sira entregó el frasco a la persona que lo esperaba. Vio que comprobaban su sello y lo llevaban a la habitación del enfermo. No sabía si el remedio bastaría; sí sabía que, por fin, había llegado intacto.

El monje pidió un trozo de papel y comenzó a dibujar el trayecto recorrido desde Fresno Bajo. No puso puntos de cobre. Anotó el puente, las terrazas, los lugares donde el viento cambiaba de dirección y, junto a cada bifurcación, los nombres de quienes podían explicar su uso.

—No volveré a hacer mapas que elijan por los demás —dijo.

Sira, que tenía las manos hinchadas por el frío, añadió con lápiz el camino del molino: una línea punteada y una nota debajo. «Existió. Fue borrado por un pliegue. No se puede recuperar».

El monje la miró sin discutir. Después escribió el nombre de Fresno Bajo con letras grandes, donde antes solo había una mancha.

El sendero hasta el pueblo seguía abierto. No era una victoria perfecta, pero sí una que podían recorrer con los pies.